

Precioso testimonio, a fe. Más tarde, Leopoldo Panero recordará, como brasa al rojo vivo, la presencia viva del ya muerto Vallejo y le dedicará un magnífico poema, aquel que comienza así:

¿De dónde, por qué camino había venido,  
soplo de ceniza caliente,  
indio manso hecho de raíces eternas,  
desafiando su soledad, hambriento de alma,  
insomne de alma hacia la inocencia imposible,  
terrible y virgen como una cruz en la penumbra;  
y había llegado hasta nosotros para gemir, había venido  
para gemir, aunque callaba tercamente en su corazón ilusorio.  
agua trémula de humildad  
y labios que han besado mucho de niño?<sup>13</sup>

En octubre —como queda dicho— viaja a Rusia. Trae de allá nuevos apuntes y con ellos comienza a redactar *Rusia ante el Segundo Plan Quinquenal*, libro que ninguna editorial le acepta. Empeñado en estrenar en España, termina de escribir para el teatro *Varona Polianova*, por otro título *El juego del amor y del odio*, que luego cambia por el de *Moscú contra Moscú* y, finalmente, por el de *Entre dos orillas corre el río*. A pesar del interés de Federico García Lorca y de otros amigos, no hubo nada que hacer: la obra no subió a las tablas. Estamos ante una de las escaramuzas, ésta bien amarga, de ese toma y daca en el que siempre se teje y desteje la recepción, en cuanto acción y efecto de recibir, de dar y de recibir.

En enero de 1932 viaja Georgette a París. Vallejo lo hace en febrero. Allí sigue viviendo y escribiendo en estricta pobreza. El levantamiento del 18 de julio de 1936 lo trastorna. Ante la magnitud del acontecimiento, reaviva su dinamismo de marxista militante y colabora con la causa de la República. Viaja a Barcelona y Madrid. Su vida ya no tiene otro centro de atención ni de preocupación que «lo que ocurre en España». Acompañado por Georgette, y en calidad de delegado del Perú, viaja de nuevo a España en 1937 para asistir al Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Entre el 2 y el 12 de julio recorren Barcelona, Valencia, Jaén y el frente de Madrid. Es la última vez que César Vallejo está en España. De nuevo en París, es elegido secretario de la sección peruana de la Asociación Internacional de Escritores. Se retira del Comité Iberoamericano para la Defensa de la República Española cuando el boletín *Nueva España* pasa a ser controlado por Neruda cuyas actividades siempre parecieron a Vallejo interesadas y demagógicas. En París escribe *España, aparta de mí este cáliz*, el más impresionante poemario que jamás se haya escrito sobre la Guerra Civil Española, pero ya no podrá ver la edición que de él se hizo, en 1939, para los soldados del frente de Cataluña: las tropas de Franco destruyeron casi todos los ejemplares..., pero algunos se salvaron: en el Monasterio de Montserrat se conservan dos o tres...

Como síntesis de este primer apartado, en el que he tratado de presentar la recepción de Vallejo en España al hilo de los acontecimientos de la biografía del primero

<sup>13</sup> Leopoldo Panero, *Obras completas, Madrid, Editora Nacional, 1973, vol I, pág. 162.*

y de la historia de la segunda, cifrados en el punto concreto de la actividad escritora del Cholo, no tengo miedo a afirmar que entre Vallejo y España se dio aquella «consustanciación» con el pueblo que él mismo exigía a todo escritor responsable. Vallejo y España se hicieron uno.

## 2. La recepción crítico-académica, editorial y lectora

Aparte ciertos rasgos personales que, tanto a nivel temperamental y anímico como a nivel práctico y material, fueron configurando una personalidad muy definida en Vallejo o, al menos, la divulgación no siempre bien informada ni exacta de esa personalidad, el caso es que, cuando Vallejo se marcha del Perú, en 1923, al tiempo que cree estar embocando el camino de la meca de París —meca/meta apetecida por todos los jóvenes artistas hispanoamericanos de aquellas calendas—, cree también estar liberándose del rechazo que la obra escrita hasta entonces ha sufrido por parte de los estamentos culturales más conservadores que, como siempre ocurre, creían tener el monopolio del veredicto dogmático respecto a la bondad o maldad de lo que los demás escribían. Vallejo fue condenado. Desde el primer verso, antes incluso de la aparición de *Los heraldos negros*; el carácter localista, el nativismo léxico, la poética de la expresividad cotidiana y el talante oral súbitamente rescatado que brotaba de aquellos poemas, impensable cuando aún estaba el aire perfumado por el incienso del funeral de Rubén Darío, enceguecía a los cegatos y era intolerable para oídos incapaces de asimilar, sin mortales quebrantos auditivos, una entonación nueva o una voz nueva. *Trilce* fue la guinda del pastel. El Perú no se reconoció en aquel extrañísimo libro y su autor fue anatematizado. La psicología de apaleado que Vallejo encarnó durante toda su vida —y que logró transformar estéticamente, poetizándola, en sus versos— actuó como era de prever. Vallejo huyó del Perú, arrancándose de un seno materno fuera del cual su vida era un absurdo existencial, razón por la cual, por un mecanismo de defensa, muy simple y al tiempo muy complejo, se produjo en su atormentada psicología un rapidísimo proceso de sustitución en cuya virtud España —que ya ocupaba el lugar central de su corazón— se convirtió en el seno materno perdido y hallado, y en el hogar perdido y recuperado. España fue para Vallejo la madre España y la madre Patria; siempre lo fue, pero la toma de conciencia refleja —aunque sin perder su talante intensamente ingenuo y original— que fue incrementándose a partir del momento en que él mismo sintió visceralmente el vacío de su total orfandad: la física, por la muerte de su madre —el 8 de agosto de 1918, en Santiago de Chuco—, y la psicológica, por el desgarró que el rechazo del Perú produjo en su vida y que forzó su exilio definitivo.

Este es, a mi juicio, el marco en el que debe ser encuadrada la recepción de Vallejo fuera del Perú y, de manera especialísima, en España. A todos los niveles y a todos los efectos. En el apartado anterior he considerado la línea biográfica del Cholo y

he ido señalando sobre ella los puntos que marcan la recepción: esos puntos son las relaciones personales con España, sus estancias en ella, y las obras que en ella o para ella escribió. Si entendemos que lo vivido y escrito por Vallejo tiene categoría de estímulo, la respuesta que España dio a ese estímulo es lo que, con toda propiedad, podemos llamar la recepción de Vallejo en España. Como es lógico, los aspectos que desde este punto de vista podrían ser tenidos en cuenta y considerados son muchos. Siguiendo una elemental norma de economía y adoptando un objetivo lo más enfocado posible de claridad, reduciré mi información y mi consideración a tres aspectos: el crítico-académico, el editorial y el lector. Por ser aspectos tan estrechamente unidos entre sí que se interrelacionan inevitable y eficazmente, daré cuenta de ellos de manera conjunta.

Entiendo por recepción crítico-académica la dialéctica que se produjo y sigue produciéndose entre la obra creativa —muy en especial la poética— de Vallejo y las reacciones que esa obra provocó en los que, de forma más o menos profunda —digamos «crítica», en sentido muy amplio—, se ocuparon y se ocupan de esa obra creativa. Entendida bajo este aspecto, se puede afirmar que, salvo raras excepciones —que confirman la regla—, la recepción fue positiva. Esas excepciones se produjeron no sólo al principio; algunas se dieron mucho después de su muerte, cuando las razones para el repudio no eran ya objetivas sino de matiz ideológico. No merecen ser tenidas, por tanto, en consideración desde una perspectiva estrictamente crítico-literaria. Cuando Vallejo llegó a España por primera vez y, sobre todo, cuando se asentó, de manera más o menos estable, en Madrid, algunas voces tomaron su poesía con una mezcla de ironía y de desprecio: parecía como si algunos se sintieran obligados a pregonar que en Madrid —en España— no se necesitaban maestros foráneos que dieran lecciones de buen hacer poético. Pero la regla general fue la recepción sensata que se sustentaba en la autoridad de escritores y poetas españoles que supieron intuir la originalidad de una voz absolutamente nueva y no contaminada, aunque Vallejo procediera de París. Los escritores y poetas a los que me refiero no son otros que los de la Generación del 27, de importancia indiscutible en la literatura española de este siglo y algunos de cuyos nombres quedan citados ya: recordemos a García Lorca y a Gerardo Diego.

Hay que reconocer, sin embargo, que las circunstancias políticas por las que España atravesó y el escaso conocimiento que había de la obra de Vallejo forzaron un hecho que, a la larga, resultó paradójico. El hecho fue la muerte de Vallejo, aún no terminada la Guerra Civil. La paradoja se produjo cuando, una vez terminada la guerra, la obra de Vallejo fue siendo conocida de forma obligadamente clandestina. Todo lo prohibido tiene un atractivo peculiar, y ese atractivo se convierte en goloso sabor si se paladea en la clandestinidad. Hay que confesar que la obra poética de Vallejo circuló por España en reductos muy limitados que la paladearon con la fruición de la fruta prohibida en los escasos ejemplares que, a escondidas, llegaban de Francia: me refiero, como es evidente, a *Poemas humanos*, libro aparecido en París en 1939.